



Ellas también cruzaron la frontera interior: viajeras y cautivas en la Argentina del siglo XIX

They also crossed the internal border: travelers and captives in 19th century Argentina

María Laura Pérez Gras

Universidad de Buenos Aires, Argentina.

lauraperezgras@gmail.com

Recibido: 4/8/2022 Aceptado: 16/8/2022

Resumen: Son pocos los textos que dan lugar a las voces de viajeras y cautivas históricas que narraron el cruce de la frontera interior en territorio argentino con las comunidades originarias durante el siglo XIX. Por el contrario, la literatura oficial de la conquista del “desierto” refleja su ideología sobre las cuestiones de género (*gender*) y de alteridad en los términos que elige para la narración de esta “épica nacional”: *Los espacios imaginarios coloniales se describían metafóricamente en fantasías eróticas masculinas: penetración, violación, mujeres desnudas y disponibles* (Szurmuk 2007, 85). Además de recuperar la mirada trasgresora de Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), donde incluye testimonios de cautivas y excautivas, tomaremos dos textos que consideramos imprescindibles en el rescate de narraciones de mujeres que cruzaron la frontera interior durante el siglo XIX: *Across Patagonia*, de Florence Dixie, publicada en Londres, en 1880, y *La cautiva o Rayhuemy*, escrita por el padre Lino Carbajal a partir del relato autobiográfico de Francisca Nieves Rosa de Valenzuela, que fue recogida, anotada y publicada, recién en 1995, por la historiadora María Elena Ginobili de Tumminello, en Bahía Blanca.

Palabras clave: Frontera interior- Viajeras- Cautivas- Siglo XIX.

Abstract: There are few texts that give rise to the voices of female historical travelers and captives who narrated the crossing of the internal border in Argentine territory with the original communities during the nineteenth century. On the contrary, the official literature of the conquest of the "desert" reflects an ideology on the issues of gender and otherness in the terms chosen for the narration of this "national epic":

Colonial imaginary spaces were metaphorically described in masculine erotic fantasies: penetration, rape, naked and available women (Szurmuk 2007: 85). In addition to recovering the transgressive look of Lucio V. Mansilla in *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), where he includes testimonies of female captives and ex captives, we will take two texts that we consider essential in the rescue of narratives of women who crossed the internal border during the nineteenth century: *Across Patagonia*, by Florence Dixie, published in London, in 1880, and *La cautiva o Rayhuemy*, written by Father Lino Carbajal from the autobiographical account of Francisca Nieves Rosa de Valenzuela, which was collected, annotated and published, only in 1995, by the historian María Elena Ginobili de Tumminello, in Bahía Blanca.

Keywords: Internal border- Female travelers- Female captives- Nineteenth century.

Entre tantos viajeros y cautivos, dos testimonios excepcionales

Son pocos los textos que dan lugar a las voces de viajeras y cautivas históricas que narraron el cruce de la frontera interior en territorio argentino con las comunidades originarias durante el siglo XIX.

Por el contrario, la literatura oficial de la conquista del “desierto” refleja su ideología sobre las cuestiones de género (*gender*) y de alteridad en los términos que elige para la narración de esta “épica nacional”: *Los espacios imaginarios coloniales se describían metafóricamente en fantasías eróticas masculinas: penetración, violación, mujeres desnudas y disponibles* (Szurmuk 2007: 85).

Además de recuperar la mirada trasgresora de Lucio V. Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), donde incluye testimonios de cautivas y excautivas, tomaremos dos textos que consideramos imprescindibles en el rescate de narraciones de mujeres que cruzaron la frontera interior durante el siglo XIX: *Across Patagonia*, de Florence Dixie, publicada en Londres en 1880, y *La cautiva o Rayhuemy*, escrita por el padre Lino Carbajal a partir del relato autobiográfico de Francisca Nieves Rosa de Valenzuela, que fue recogida, anotada y publicada, recién en 1995, por la historiadora María Elena Ginobili de Tumminello, en Bahía Blanca.

Kristine Jones (1986), quien estudia particularmente los relatos de viajeros ingleses sobre el territorio argentino¹, establece una relación directa entre la canti-

¹ Algunas de las obras de viajeros ingleses estudiadas por Jones son: *Description of Patagonia and the Adjoining Parts of South America: Containing an Account of the Soil, Produce, Animals, Vales, Mountains, Rivers, Lakes, etc. of those Countries; the Religion, Government, Policy, Customs, Dress, Arms and Language of the Indian Inhabitants; and some Particulars relating to Falkland's Islands* (1774), de Thomas FALKNER; *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of America, During the Years 1799-1804* (1852-53), de Alexan-

dad de relatos de viaje publicados en cada período del siglo XIX con las posibilidades de comercialización entre los nativos, los criollos y los ingleses: de 1800 a 1820, se conocen solo dos publicaciones, debido a las revoluciones internas y luego al rechazo de las invasiones inglesas; de 1821 a 1835 hubo doce publicaciones, en pleno auge de la exploración de nuevos territorios y su potencial económico; de 1836 a 1850, el número cayó a seis, debido al fuerte proteccionismo económico impuesto por Rosas y al bloqueo anglo-francés sobre el puerto de Buenos Aires; tras la caída de Rosas en 1852, y hasta 1880, el número se elevó a catorce publicaciones. En esta última etapa, los relatos de viaje llegaron a ser tan populares que se convirtieron en literatura corriente, porque su forma se estilizó y el contenido se volvió más dramático y subjetivo, incluso sensacionalista, y retomó los mitos originales con el objeto de reformularlos en imágenes efectistas para complacer a un público ávido de aventuras y exotismo. En este contexto, también los relatos de cautiverio se volvieron populares, tanto en Norteamérica como en Europa.

Adolfo Prieto (2003), a su vez, llegó a rastrear catorce casos de viajeros ingleses que dejaron testimonios, escritos en inglés, de su paso por el territorio argentino entre 1820 y 1835, período que terminó tras la expedición de Darwin ².

Todos estos relatos de viajes estudiados fueron escritos por hombres.

A la hora de rastrear experiencias femeninas del viaje, no se puede dejar afuera la imponente colección de Miguel Lermon, que reúne primeras ediciones del siglo XIX y gran cantidad de libros de viajes, muchos de ellos aún desconocidos. Se trata de un conjunto de aproximadamente 13.000 libros, integrados al catálogo general de la Biblioteca de la Academia Argentina de Letras. Entre los relatos de viajes, se conserva un conjunto importante de obras firmadas por viajeras que narraron sus travesías en la segunda mitad del siglo XIX, lo que puede presentar un gran interés no solo para el estudio del género literario en cuestión, sino también para la crítica literaria feminista y los estudios culturales en general.

De todos los testimonios de viajes por territorio argentino allí encontrados, aparecen los de algunas mujeres: Maipina De La Barra narra el cruce de los Andes y

der VON HUMBOLDT; *Rough Notes Taken During some Rapid Journeys Across the Pampas and Among the Andes* (1826), de Francis BOND HEAD; *Travels in Buenos Ayres, and the Adjacent Provinces of the Rio de la Plata. With Observations Intended for the Use of Persons Who Contemplate Emigrating to that Country; or Embarking Capital in its Affairs* (1828), de J. A. BEAUMONT; *Buenos Ayres, and the Provinces of the Rio de la Plata: from their Discovery and Conquest by the Spaniards to the Establishment of their Present State, Trade, Debt, etc; An appendix of Historical and Statistical Documents; and a description of the Geology and fossil Monsters of the Pampas* (1852), de Woodbine PARISH.

2 Los viajeros más destacados del corpus trabajado por Prieto son: Francis BOND HEAD, Joseph ANDREWS, Edmond TEMPLE, W.H.B. WEBSTER, Robert FITZ-ROY y Charles DARWIN.

su paso por Buenos Aires ³, la irlandesa Marion Mulhall llega hasta Córdoba ⁴, y otra irlandesa, May Crommelin ⁵, también deja su relato de su travesía hacia el otro lado de la cordillera. No obstante, no hallamos narraciones de mujeres que hayan cruzado la frontera interior para adentrarse en territorio indígena.

En este sentido, *Across Patagonia* y *La cautiva o Rayhuemy* son dos testimonios excepcionales. El primero, por el relato del viaje; el segundo, tanto por el del viaje, como por el del cautiverio.

El número de mujeres cautivas era superior al de hombres cautivos, porque se las necesitaba en los toldos para el trabajo doméstico, el cuidado del ganado, en algunas tribus para la agricultura, y en casi todos los casos para la reproducción. Los niños cautivos también eran numerosos, tanto hombres como mujeres, por ser más dúctiles y adaptarse mejor a la forma de vida de la tribu. Normalmente, los cautivos se repartían como botín de guerra entre los caciques y capitanejos proporcionalmente según la cantidad de caballos e indios con que habían contribuido en la realización del malón. La mayoría solía provenir de las poblaciones fronterizas o rurales, de familias de pocos recursos y bajo nivel de escolarización. No obstante, muchos de ellos preservaban el dominio del español gracias al contacto con las mujeres cautivas en los toldos, puesto que ellas lo hablaban para comunicarse entre sí. Las mujeres solían ser capturadas en edad de fertilidad reproductiva (Socolow 1987). Este grupo de mujeres llegaba a formar una microcomunidad dentro de la gran comunidad de la toldería: conservaban la lengua, la religión, las prácticas de higiene y, muchas veces, sus vestidos. Y contenían a las nuevas víctimas del cautiverio acogiéndolas y ayudándolas a conservar la memoria, es decir, la identidad. Este grupo funcionaba como un remanso que hacía más tolerable el maltrato que algunas cautivas recibían de las esposas indias.

Las referencias de cautivas históricas que aparecen en *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla son importantes en este sentido. El sobrino de Rosas fue quizás el único que logró publicar, en pleno siglo XIX, un testimonio desprejuiciado sobre la “realidad” de los blancos en los toldos de los indios: en él se demuestra que no había un solo tipo de cautiverio, sino muchos. Y esto no era solo válido para los ranqueles sino para todas las parcialidades étnicas. Por ejemplo,

3 Cfr.: LA BARRA, Maipina (2013) *Mis impresiones y mis vicisitudes en mi viaje a Europa pasando por el Estrecho de Magallanes y en mi excursión a Buenos Aires pasando por la Cordillera de los Andes*, Cuarto propio, Santiago. La primera versión fue hecha en Buenos Aires, por Piqueras, Cupisnera y Cía., Imprenta de la América del Sur, en 1878.

4 Cfr.: MULHALL, Marion (1881) *Between the Amazon and Andes: ten years of a lady's travels in the Pampas, Gran Chaco, Paraguay and Matto Grosso*. London, Edward Stanford, 1881.

5 Cfr.: CROMMELIN, María Henrietta de la Cherois (1896) *Over the Andes from the Argentine to Chili and Peru*, London, Richard Bentley and Son.

Mansilla conoce a las cautivas de Epumer, quienes le cuentan con *aire de contento y de salud: Nos quieren mucho*. A lo que una de ellas añade: *Ojalá todas pudieran decir lo mismo* (1967, II: 120) ⁶.

Aunque no hay manera de calcular con precisión la cantidad de personas que pasaron por la experiencia del cautiverio, se cree que fueron varios miles, entre los siglos XVIII y XIX, solo en el territorio argentino (Operé 2001: 134). Mansilla contabilizó entre 600 y 800 en su célebre relato y apenas recorrió los toldos ranquelinos. Sin embargo, la literatura de puño y letra de cautivos es prácticamente inexistente en las letras argentinas, si la comparamos con otras como la anglosajona, que fueron *best-sellers* (Rotker 1999: 78; Pérez Gras 2013: 259-270). Y la literatura autobiográfica de mujeres cautivas es absolutamente inexistente. El sexo femenino tenía menos oportunidades de escolarización en la Argentina de aquellos días; de todos modos, suponemos que no todas las cautivas habrán sido analfabetas. Llama la atención que, aunque la mayoría de las víctimas del cautiverio fueron mujeres, no hayamos conservado ningún relato de pluma femenina.

Across Patagonia, único testimonio de mujer del viaje al otro lado de la frontera interior

Lady Florence Dixie (1857-1905) se distinguió entre la lista de mujeres viajeras de la época victoriana por haber sido una británica polémica y audaz que abrió rutas antes desconocidas. Fue, además de viajera y escritora, activista, reformadora social, atleta, enfermera y corresponsal de guerra. Se la considera aún hoy una

6 Un diálogo interesante es, a su vez, el que Mansilla tiene con Doña Fermina Zárate, una cautiva ya entrada en años, esposa del cacique Ramón, con el que tuvo tres hijos. Ella provenía de la Villa de la Carlota y había sido raptada cerca de los veinte. Ramón habló primero sobre ella: *La señora es muy buena, me ha acompañado muchos años, yo le estoy agradecido, por eso le he dicho ya que puede salir cuando quiera volverse a su tierra, donde está su familia* (1967, II: 171). Sin embargo, Fermina no quería marcharse. Y exclamó sobre su marido, entre llantos: *Ramón es un buen hombre. ¡Ojalá todos fueran como él! Menos sufrirían las cautivas. Yo ¡para qué me he de quejar! Dios sabrá lo que ha hecho* (1967, II: 171). Pero pronto reveló sus motivos para quedarse, ante el ofrecimiento de Mansilla de llevarla de regreso y el permiso espontáneo de su esposo: *¿Y qué voy a hacer yo entre los cristianos? [...] ¿Y mis hijos, señor? [...] Ramón me deja salir a mí porque realmente no es mal hombre; a mí al menos me ha tratado bien, después que fui madre. Pero mis hijos, mis hijos no quieren que los lleve. [...] Además, señor, ¿qué vida sería la mía entre los cristianos después de tantos años que falto de mi pueblo? Yo era joven y buena moza cuando me cautivaron. Y ahora ya ve, estoy vieja. Parezco cristiana porque Ramón me permite vestirme como ellas, pero vivo como india; y francamente, me parece que soy más india que cristiana, aunque creo en Dios, como que todos los días le encomiendo a mis hijos y mi familia* (1967, II: 171-172). La clara aculturación sufrida por Fermina le había permitido acomodarse a aquella vida, que ahora le parecía más *normal* que la otra, anterior y remota. Y Mansilla no supo qué responder a *tan alta filosofía en boca de aquella mujer* (1967, II: 172). Cuando Fermina pone en la balanza el amor de su familia india, por un lado, y el temor del rechazo o el repudio de su comunidad de origen, por el otro, decide quedarse. Además, encontramos un retrato realizado por Mansilla sobre otra cautiva: *la desdichada Petrona Jofré, mujer de Cruz Bustos, maltratada por un indio malísimo llamado Carrapí. El indio estaba frenéticamente enamorado de ella, y ella resistía con heroísmo a su lujuria. Enajenada, exclamaba: Primero me he de dejar matar, o lo he de matar yo, que hacer lo que el indio quiere* (1967, II: 172-173). Era el caso de Petrona muy distinto al de Fermina.

pionera feminista y una adelantada en materia de viajes porque, entre otras cosas, fue la primera mujer viajera que eligió recorrer la Patagonia cuando todavía era un territorio habitado por las comunidades originarias. Se trató de una aventura por las pampas patagónicas, desde Punta Arenas hasta el actual Parque Nacional Torres del Paine en Chile; un viaje a caballo puramente recreativo realizado en 1879, de cuya experiencia dejó un testimonio escrito por ella.

El objetivo original e inédito fue recorrer varios lugares de Sudamérica en seis meses: entre ellos, Río de Janeiro, Montevideo y Paraná, pero la Patagonia sería el punto más alto de su empresa.

Cuando regresó a Inglaterra en 1880, publicó *Across Patagonia* y dio, así, inicio a su vida literaria. Ya en 1881, el libro se reeditaba en Nueva York. A su vez, esta exitosa inserción en la escritura le permitió una importante interacción en el ámbito público y facilitó el intenso activismo político y social al que dedicó sus días.

Sería este, también, el comienzo de una serie de viajes, que se caracterizarían por extremas distancias geográficas, y altos desafíos físicos y psicológicos autoimpuestos por esta viajera incansable. Sus textos presentan, en consecuencia, descripciones dramáticas y exuberantes, que tienen el claro propósito de motivar la curiosidad y el interés de los lectores.

Un claro ejemplo de esta intencionalidad en su escritura aparece ya en el primer capítulo de *Across Patagonia*:

"PATAGONIA! who would ever think of going to such a place?" "Why, you will be eaten up by cannibals!" "What on earth makes you choose such an outlandish part of the world to go to?" "What can be the attraction?" "Why, it is thousands of miles away, and no one has ever been there before, except Captain Musters, and one or two other adventurous madmen!" These, and similar questions and exclamations I heard from the lips of my friends and acquaintances, when I told them of my intended trip to Patagonia, the land of the Giants, the land of the fabled Golden City of Manoa. The answer to the question was contained in its own words. (Precisely because it was an outlandish place and so far away, I chose it! Palled for the moment with civilisation and its surroundings, I wanted to escape somewhere, where I might be as far removed from them as possible. Many of my readers have doubtless felt the dissatisfaction with oneself, and everybody else, that comes over one at times in the midst of the pleasures of life; when one wearies of the shallow artificiality of modern existence ; when what was once excitement has become so no longer, and a longing grows up within one to taste a more vigorous emotion than that afforded by the monotonous round of society's so-called "pleasures." (1880: 1-2) ⁷.

7 ¡Patagonia! ¿a quién se le ocurriría ir a un lugar así?" "¿Por qué, te comerán los caníbales!" "¿Qué demonios te hace elegir una parte tan extravagante del mundo para ir?" "¿Cuál puede ser la atracción?" "¿Por qué, está a miles de millas de distancia, y nadie ha estado allí antes, excepto el capitán Musters, y uno o dos locos aventureros!" Estas y otras preguntas y exclamaciones similares las escuché de los labios de mis amigos y conocidos, cuando les hablé de mi viaje previsto a la Patagonia, la tierra de los Gigantes, la tierra de la ciu-

En estas primeras líneas del primer capítulo ya marca el tono de todo el texto. Intenta alejarse de los discursos consolidados sobre las ventajas de la civilización y los estereotipos sobre la otredad o la barbarie para desafiarlos. No obstante, parece hacerlo más por incomodar y provocar a los propios que por conocer a los otros sin prejuicios.

En rigor, en su texto también aparece el racismo propio de la época, tanto cuando habla sobre los afroamericanos de Brasil, que *gesticulaban como monos* (Dixie 1880: 16), como cuando se refiere a los indígenas tehuelches de Chile como alcohólicos y ladrones (Dixie 1880: 62-73).

Cuando llega el momento de describir a los nativos de Tierra del Fuego, se refiere a ellos como “caníbales”, cuando esta práctica no existía entre ellos. En este caso, las lecturas de los relatos de viajes de exploradores anteriores, como Darwin y Bourne, puede haber determinado su mirada sobre las comunidades del lugar.

As we went along we passed a couple of canoes containing Fuegians, the inhabitants of the Tierra del Fuego, but they were too far off to enable me to judge of their appearance, though I should have liked to have had a good look at them. They are reputed to be cannibals, and no doubt justly so. I have even been told that in winter, when other food is scarce, they kill off their own old men and women, though of course they prefer a white man if obtainable⁸ (1880: 30-31).

La construcción de la barbarie se funda en la proyección de los valores endógenos de un grupo sobre el espacio del Otro. Cuando las representaciones ideológicas, que dan sentido de consistencia y permanencia a un grupo social, se proyectan como esquematización, se produce una interpretación reduccionista del Otro. La respuesta a esta reducción es el estereotipo: se fija al Otro dentro de representaciones estereotipadas, casi caricaturescas. Son justamente estas construcciones ideológicas las que tienen la función de mantener el orden dentro del grupo social de origen, pues muestran la barbarie como caso ejemplificador de la falta de los valores fundamentales e identitarios del grupo. La sociedad del Otro es, entonces, una

dad dorada de Manoa. La respuesta a la pregunta está contenida en sus propias palabras. (Precisamente porque era un lugar extravagante y tan lejos, ¡lo elegí! Desencantada por el momento con la civilización y sus alrededores, quería escapar a algún lugar, donde podría estar lo más lejos posible de ellos. Muchos de mis lectores sin duda han sentido la insatisfacción con uno mismo, y con todos los demás, que viene más de uno a veces en medio de los placeres de la vida; cuando uno se cansa de la artificialidad superficial de la existencia moderna; cuando lo que una vez fue emoción ya no lo ha hecho, y un anhelo crece dentro de uno para saborear una emoción más vigorosa que la que ofrece la monótona ronda de los llamados “placeres” de la sociedad (la traducción es nuestra).

- 8 A medida que avanzamos, pasamos un par de canoas que contenían a los fueguinos, los habitantes de la Tierra del Fuego, pero estaban demasiado lejos para que pudiera juzgar su apariencia, aunque me hubiera gustado echarles un buen vistazo. Tienen fama de ser caníbales, y sin duda con toda justicia. Incluso me han dicho que, en invierno, cuando escasean otros alimentos, matan a sus propios ancianos, aunque por supuesto prefieren un hombre blanco si se puede obtener (la traducción es nuestra).

amenaza contra el orden y la integración del grupo social de origen (ideología), por un lado, y contra el progreso (utopía), por otro.

La cautiva o Rayhuemy, único testimonio de viaje y cautiverio narrado por una mujer

Existe un relato recogido de la narración oral de una cautiva histórica argentina, hallado en 1985 y publicado en 1995, titulado *La cautiva o Rayhuemy*. Este nombre de origen mapuche es el que tuvo la mujer durante su cautiverio, pero entre los cristianos se la conoció como Manuela Valenzuela. El relato fue escrito por el padre Lino D. Carbajal, su interlocutor, y da cuenta de la cotidianeidad y magnitud de la práctica del cautiverio cuando relata que los soldados que eran mandados por Rosas a internarse tierra adentro para realizar expediciones de rescate de cautivos, una vez en contacto con los cristianos recuperados, les preguntaban por el paradero de sus propias madres, hermanas o mujeres, también víctimas de los malones.

Justamente, *Rayhuemy* fue rescatada durante la famosa expedición al desierto coordinada por Rosas entre 1833 y 1834 con el fin de recuperar cautivos y hacer avanzar la frontera. La campaña fue “exitosa” y se recuperaron más de 700 personas. También se llevó entonces a cabo el primer censo del fenómeno del cautiverio. Susan Socolow (1987) realizó un estudio cualitativo y cuantitativo de lo recabado acerca de los 634 cautivos rescatados y los 73 niños nacidos en cautiverio, presumiblemente mestizos. La información analizada fue tomada de la *Relación de los cristianos salvados del cautiverio por la división izquierda del ejército expedicionario del Señor Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas* (1835). En primera instancia, nos interesa aclarar que, del total de 634 cautivos recuperados, 389 eran mujeres, entre niñas y adultas (Socolow 1987).

El relato del Padre Lino D. Carbajal cuenta la historia de Francisca Nieves Rosa de Valenzuela, llamada Rayhuemy por los aborígenes y Manuela por los cristianos, cautiva de varios grupos de indios pampeanos durante su adolescencia. La mujer, ya anciana, relató sus vivencias al Padre Carbajal, y este las volcó en una obra inédita titulada *La cautiva o Rayhuemy*, que fue recogida, transliterada, anotada y publicada en 1995 por la historiadora María Elena Ginobili de Tumminello.

La obra que permaneció olvidada e inédita desde su escritura a fines del siglo XIX hasta su descubrimiento en 1985, año en el que el padre Valentín Rebok, Director del Archivo Histórico Salesiano de la Patagonia, con asiento en Bahía Blanca, le acercó la información a la etnohistoriadora María Elena Ginobili de Tumminello. Ella se dedicó a la verificación histórica de cada uno de los manuscritos de estudios

antropológicos y diarios de viajes dejados por el padre Carbajal, sobre todo acerca de los pueblos originarios de la región pampeana-patagónica. Recién en 1992 el padre Rebok le acercó a la historiadora un relato diferente del mismo autor: una novela, *La cautiva o Rayhuemy*, escrita en doce cuadernos. La historia allí contada fue también verificada por la historiadora a través de documentos, actas o partidas, que aparecen indicados en las notas de esta edición y confirman datos, fechas, lugares y personajes. La muerte temprana del escritor (36 años) no le permitió publicar ni dar a conocer su obra. Lamentablemente, de los doce cuadernos cuatro se han perdido (los n.º II, III, IV y V), que con certeza trataban acerca del periodo pasado en cautiverio por la protagonista. De todos modos, el cuaderno VI relata algunos episodios de ese suplicio y el VII, el rescate del grupo de cautivas llevado a cabo por soldados enviados por Rosas, probablemente en 1834.

El hecho de que la protagonista de estos sucesos históricos fuese también su narradora oral tiene mucha incidencia en la génesis de la novela. No obstante, podemos afirmar que no se trata de la mera transposición de la narración oral a la escritura. El autor también ha dejado su impronta y ha actuado de mediador entre el relato de la excautiva y el lector de la novela.

En rigor, el primer cuaderno introduce la historia de Rayhuemy desde un “nosotros” que habla de ella en tercera persona: *Nosotros conocimos a esta anciana a quien poco a poco, con paciencia y hasta con astucia hicimos referir casi todos los detalles de su vida [...] Nosotros preguntamos y escribimos mientras ella nos narraba* (15). A partir del segundo cuaderno, suponemos que la narración cambia a la primera persona, como se evidencia en el número VI. Para explicar esta elección, el padre aclara: *No- nosotros hemos conservado en este escrito esa misma forma y de ahí es que aparezca sólo ella como narradora de su propia historia* (15).

Sin embargo, no podemos aceptar como producto de la creatividad espontánea de una anciana sin escolaridad alguna los numerosos pasajes con descripciones extensas y ricas en figuras poéticas, como el siguiente:

Por fin la claridad se hizo más viva, las aves empezaron a cantar su himno de gracias, las fieras a huir a sus madrigueras, las golondrinas a circular bulliciosas mientras la luz se aumentaba y la claridad llenaba de alegría el corazón atormentado. Yo recuerdo que miraba al oriente, donde los árboles bañados en las tintas del oro y del rosa, forcejeaban por romper la densidad de las tinieblas. El lucero brillaba límpido y hermoso, y las demás estrellas grandes todavía rutilaban allá lejos en los fondos del cielo. El aire fresco venía embalsamado de aromas y melódicos acentos; y de la límpida superficie de la laguna donde aún se espejaba la luna, se levantaba una tenue vaporosidad, una niebla tranquila y multiforme. Todos los indios y cautivos empezaban a buscar el sitio para colocar los toldos. De pronto se sintió el correr desenfrenado de un jinete indio que toda la indiada salió a ver (28-29).

Por otra parte, el autor revela su trabajo por detrás y por encima del relato original: *Los hechos históricos que se relacionan con ella los hemos comprobado consultando otras fuentes, especialmente libros* (15). La tarea del historiador aficionado se manifiesta en las precisiones históricas. Así como la del escritor, cuando confiesa: *Como narración continua no puede tener mucha unidad histórica por ser una anciana de 80 años quien recordando poco a poco refería a los hechos con más o menos colorido y exactitud de tiempo y lugar* (15). Es evidente que su pluma fue la encargada de otorgarle mayor homogeneidad y exactitud a aquella narración primera; así como también, el vuelo poético.

La protagonista histórica de la novela *La cautiva o Rayhuemy*, Francisca Nieves Rosa de Valenzuela, no llegó a ser una mujer de renombre ni por sus orígenes ni por sus vivencias, tan singulares como heroicas a nuestros ojos, porque en pleno siglo XIX el cautiverio era una práctica común a ambos lados de la frontera, y las mujeres blancas rescatadas de esa experiencia eran más bien víctimas dignas de compasión que heroínas admiradas por sus proezas, aunque las hubiesen realizado. Solo en el marco de la campaña contra el indio iniciada por Rosas en 1833, se calculaba que había por recuperar más de dos mil cautivos sometidos por los indios pampeanos.

Tras haber soportado diez años de cautiverio en las más penosas circunstancias, vendida y comprada por varias tribus, sobreviviente a muchas de sus compañeras de infortunios, muertas por las nefastas influencias de una *machi* o hechicera monstruosa hasta para los propios indios, nuestra protagonista fue rescatada y trasladada a la Fortaleza Protectora Argentina, hoy Bahía Blanca. Es importante destacar que la cautiva observó en su relato que muchos de los soldados que la rescataron tenían, a su vez, a sus hermanas, madres o esposas cautivas. Algunos habían sido ellos mismos cautivos, como el Mayor Eugenio del Busto, quien pasó los quince años decisivos de su juventud entre los indios, y llegó a ser el mayor baquiano y liberador de cautivos que tuvo el ejército de Rosas.

Tan ignota fue nuestra protagonista que el nombre de Francisca Nieves Rosa de Valenzuela debió ser verificado por la historiadora Ginobili por medio de la documentación encontrada en Bahía Blanca. Hay una sola mención del nombre completo en la novela del padre Lino Carvajal. Los indios la llamaban *Rayhuemy*, que según el Dr. Rodolfo Casamiquela significa “pestañas floridas”⁹; este fue el nombre que la identificó por más de diez años de cautiverio. A su vez, los blancos la llamaron Manuela por un mal paso burocrático. Al alojarse en la Fortaleza Protectora Argentina, fue censada como los otros cautivos rescatados, con el fin de mantener un registro

9 Según CASAMIQUELA, es la combinación de las voces araucanas *Ray* (policroma, florida) y *Wemi* (pestaña).

de personas liberadas durante la campaña. El oficial que la entrevistaba le confesó no haber oído nunca el nombre de su lugar de origen, la villa del Parral de Chile; entonces, la exautiva se molestó al percibir algo de sorna en el comentario. Y como ella se negó, ofendida, a seguir respondiendo las preguntas acerca de su verdadero nombre, el soldado la rebautizó como Manuela. Así la conocerían de allí en adelante por la región, donde se quedó a vivir y contrajo matrimonio.

Años más tarde, en 1848, el destino la volvió a poner cara a cara con el indio, en un episodio digno de las mejores plumas, pues veinticinco días después de haber dado a luz a mellizos, debió huir de un malón y una masacre para salvar a los pequeños, mientras era testigo del rapto de sus otros tres niños (dos niños y una niña) y de la muerte de su marido, el sargento Juan Lucero, reconocido soldado y baquiano, también del ejército de Rosas. Con sus mellizos a cuestas, ocultándose de los indios, llegó a la ciudad de Carmen de Patagones para advertir acerca de la cercanía del malón y salvó miles de vidas. Con el tiempo solo recuperó a Máximo, el mayor de sus hijos, y llegó a enterarse de la muerte del segundo y del matrimonio de su niña con el hijo de un cacique.

Tan desconocida era, tan desamparada estaba, que llegó a escribirle al Gobernador Rosas una carta (diciembre de 1847) para reclamar el cobro de la pensión de su marido, como medio de subsistencia para ella y sus hijos.

En el caso de *La cautiva o Rayhuemy*, la imagen del otro está elaborada a partir del relato oral de una víctima de la lucha por poder y territorio entre blancos e indios. Las injusticias y vejaciones a las que se encuentra sometida inclinan su discurso irremediabilmente en contra de aquellos que la cautivaron. Su pertenencia étnica al grupo de los blancos y su religión católica la ubican en el lado de la frontera auto-denominado como “civilizado”, y tras su regreso este sentimiento de pertenencia se acentúa: *La justicia tenía jueces y magistrados; la religión sacerdotes verdaderos. [...] La civilización se presenta como la felicidad terrena del hombre, como la cosa más deseable, justa y amable* (43-44).

Se casó con el sargento Juan Lucero, quien formaba parte de la campaña contra los indios, y vivió en zonas de frontera hasta su muerte, siendo siempre un fácil blanco para el ataque de los malones, que siguieron cercenando su felicidad al matar a su marido y raptar a sus tres hijos mayores.

En el texto, su mirada sobre el indio refleja el *ethos* español heredado por el criollo argentino y reflejado en la literatura canónica de la época, que ve al Otro aborígen como una amenaza para la “civilización”, como un ser inferior e infiel, que debe ser sometido porque ni siquiera puede ser “civilizado”.

A su vez, el escritor de la obra, por ser un sacerdote salesiano, acentúa estos rasgos ya transmitidos por la narradora original y su discurso se identifica con el de la excautiva, hasta parecer una misma voz, precisa pero desgarrada, que se hace oír por primera vez en el final de su vida para transmitir su historia y la de sus compañeras de infortunios. De hecho, uno de los valores agregados de esta obra es la cantidad de datos concretos y el clima que logra recrear acerca del complejo fenómeno del cautiverio en la Argentina del siglo XIX.

Relato de viajes y relato de cautiverio, trazos tensados entre la ideología y la utopía

Ambos tipos de relatos, el de viaje y el de cautiverio, son heterogéneos y multiformes, puesto que son híbridos: suelen aparecer mezclados o insertos en otros géneros (las memorias, las crónicas, el ensayo, etc). Además, son géneros discursivos secundarios que reúnen textos de géneros primarios y paratextos (itinerarios, descripciones, cartas, mapas, dibujos, cronologías y tablas, entre otros) que conservan cierta autonomía y les dan apariencia documental. También son duales, porque tienen una dimensión literaria y otra documental o científica. Presentan un orden cronológico y espacial similar. Suelen carecer de una intención primariamente literaria, pero a la vez no pueden ser considerados documentos históricos “verídicos” puesto que se centran en la mirada subjetiva e ideologizada de un individuo (viajero/cautivo) sobre territorios y grupos sociales diferentes. Ambos dan cuenta del encuentro o choque entre culturas. Los relatos de viaje y los de cautiverio propiamente dichos son siempre autobiográficos, y en ellos la descripción tiene un papel fundamental. El itinerario es en ambos un principio ordenador y estructurante, pero la tensión temática está dada entre la conciencia del Yo y el enfrentamiento con la alteridad. Son dos géneros que responden al patrón arquetípico de separación, transformación y retorno, y presentan como eje estructural y temático el encuentro entre culturas. Ambos participan activamente en procesos de intertextualidad complejos porque aparecen cruzados, interpolados, fundidos o nutridos en/por otros géneros, y muy a menudo, entre sí; pero, además, porque suelen presentar el fenómeno de retroalimentación con otros textos que también pertenecen a los mismos géneros (relato de viaje y relato de cautiverio), puesto que tienden a apoyarse en ejemplares anteriores. Este fenómeno responde a características propias de estos géneros (architextualidad) pero también establece relaciones intertextuales entre los relatos y determinados hipotextos, identificables en su individualidad. Responde a una necesidad de fundamentación y aval que los viajeros y los cautivos sacian cuando encuentran eco en los relatos de viajeros y cautivos anteriores, y refleja cuáles son los marcadores ideológicos y utópicos de cada texto en función de su discurso de poder.

El fenómeno de retroalimentación no es un rasgo imprescindible en estos géneros —aunque suele estar presente—, pero la tensión entre ideología y utopía sí lo es. Esta tensión permite la manifestación, a veces velada o inconsciente, de los complejos mecanismos de poder que sostienen los relatos. Otro punto en común está en que la motivación de la escritura se dispara a partir de la certeza del retorno —en general, una vez ocurrido—, puesto que en definitiva el viajero y el cautivo escriben para sus conciudadanos con el fin de compartir sus experiencias. En esa tarea, deberán intentar “traducir” lo nuevo o desconocido a través de lo ya conocido y compartido con la sociedad receptora. Tanto el viajero como el cautivo deberán tratar de dar una idea de los territorios, habitantes, hábitos, costumbres y tradiciones del Otro por medio de su idioma y su propio sistema cultural. De esta manera, se convierten en “intérpretes” o intermediarios culturales.

Debemos, ahora, detenernos en las diferencias. La más evidente consiste en que los relatos de viaje se centran en una historia con el viaje como estructura y como tema; en cambio, los relatos de cautiverio refieren una historia que presenta el cautiverio como estructura y como tema. En ambos casos, se trata de mucho más que un escenario o telón de fondo donde montar una historia: en el primero, el viaje es la historia; en el segundo, lo es la experiencia del cautiverio; por eso, hablamos de que tanto viaje como cautiverio determinan la estructura y el tema en cada tipo de relato, puesto que son su razón de ser.

Encontramos también diferencias morfológicas: en los relatos de viaje la narración aparece subordinada a la descripción, porque el mundo recorrido es el principal referente y no hay una intriga que genere núcleos de tensión narrativa hacia un determinado desenlace —quizás encontramos esto en algunos episodios determinados de todo el recorrido, pero no en el texto como unidad global de sentido, con excepción de los viajes de aventuras que son híbridos entre el relato de viaje y la narrativa de aventuras—; en cambio, en los relatos de cautiverio, la narración y la descripción se disputan el protagonismo, porque aunque se busca reconstruir el mundo del Otro hasta el mínimo detalle, la tensión narrativa está siempre presente en función de la supervivencia del cautivo. En este punto, los relatos de cautiverio se acercan a la narrativa de aventura: aunque sabemos que el héroe llegará —o que ya llegó, en la vida real— a su destino, la lucha por la supervivencia genera una tensión que se sostiene de principio a fin. No obstante, se distancian tanto de la narrativa de aventura como del relato de viaje propiamente dicho, porque en estos los episodios aparecen como unidades de sentido relativamente independientes que podrían intercambiar lugares sin modificar demasiado el sentido global del texto; el ordenamiento de la secuencia está dado más por factores geográficos y cronológicos que por el contenido o el desarrollo de la historia. Por el contrario, los relatos de cauti-

verio presentan una progresión en cuanto a la transculturación del protagonista que no permite alteraciones en la secuencia episódica.

Otra diferencia importante tiene que ver con los fines últimos de cada tipo de relato. Aunque ambos son motivados por la certeza del retorno y la necesidad de compartir la experiencia vivida con la comunidad de origen, los relatos de viaje pueden tener objetivos diversos encerrados en la intencionalidad de la viajera-escritora a la hora de narrar su experiencia —que se descubren por medio de la deconstrucción del discurso— como obtener renombre, fortuna, favores, algún puesto político o militar, poder, conocimiento científico, admiración, etc.; en función de esto, siempre se buscará legitimar los motivos del viaje ante los lectores. En cambio, el relato de cautiverio es escrito con el fin último de garantizar la reinserción del cautivo en su comunidad de origen a través del “blanqueamiento” de su propia conducta y mentalidad.

En consecuencia, tanto el relato de viajes de Florence Dixie como la narración oral de Francisca Nieves Rosa de Valenzuela, a pesar de ser testimonios extraordinarios de experiencias de mujeres en territorio indígena, únicos ejemplares decimonónicos de ese cruce de la frontera interior en territorio argentino narrados desde el punto de vista de dos mujeres excepcionales, están atravesados por las ideologías de sus sociedades de origen y dan cuenta de ello sin mayor cuestionamiento de las estructuras imperialistas que las sostienen.

Referencias bibliográficas

- CARBAJAL, Lino D. (1995), *La cautiva o Rayhuemy: Relato histórico inédito del Padre Lino D. Carbajal*, Ed. GINOBILI DE TUMMINELLO, María Elena, Bahía Blanca, Instituto Superior “Juan XXIII” y Fundación Ameghino-Viedma.
- DIXIE, Florence (1880), *Across Patagonia*, London, Richard Bentley and son.
- GINOBILI DE TUMMINELLO, María Elena (1995) “Documento inédito: Carta de una cautiva a Rosas”, *Ideas/Imágenes*, suplemento cultural del diario *La Nueva Provincia*, segunda época, 2, 101, Bahía Blanca.
- JONES, Kristine (1986) “Nineteenth century British travel accounts of Argentina”, *Ethnohistory*, 33, 2, 195-211 spring. Duke University Press.
- MASILLA, Lucio V. (1967), *Una excursión a los indios*, Buenos Aires, Centro editor de América Latina. 2 t.
- OPERÉ, Fernando (2001), *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, Buenos

Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.

PÉREZ GRAS, María Laura (2013), *Relatos de cautiverio. El legado literario de tres cautivos de los indios en la Argentina del siglo XIX*, Biblioteca Virtual Cervantes, Biblioteca Americana. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/relatos-de-cautiverio-el-legado-de-tres-cautivos-de-los-indios-en-la-argentina-del-siglo-xix/>.

PRIETO, Adolfo (2003), *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.

ROTKER, Susana (1999), *Cautivas: Olvidos y memorias en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel-Espasa Calpe.

SOCOLOW, Susan Midgen (1987), "Los cautivos españoles en las sociedades indígenas, el contacto cultural a través de la frontera argentina", *Anuario IEHS* 2, 99-136. Tandil: Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

SZURMUK, Mónica (2007), *Miradas Cruzadas: Narrativas de viaje de mujeres en Argentina (1850-1930)*, México, Instituto Mora.